

Sklar, Carlos

Fragmentos de amorosidad y de alteridad en educación

Revista Colombiana de Educación, núm. 50, enero-junio, 2006, pp. 253-266|

Universidad Pedagógica Nacional

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=413635244014>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en [redalyc.org](http://redalyc.org)

## REFLEXIONES

# Fragmentos de amorosidad y de alteridad en educación\*

Carlos Skliar<sup>1</sup>

|

Para Jacques Derrida la amorosidad tiene que ver con un gesto, con una posibilidad de “agarrárselas” con algo y con alguien. “Agarrárselas”, porque es algo (lo otro), ese alguien (el otro), provoca a la vez pasión, ira, temor, atención, desolación, ignorancia, pesadillas, consternación, inclinación hacia su cuerpo, memoria de sus rostros.

||

La “amorosidad” aquí se revela contra toda la indiferencia, todo el descuido, toda la nada, toda la pasividad y todo el olvido.

|||

¿Con quién se las ha “agarrado” la educación especial? ¿Con quién se las “agarra” la educación especial? ¿Y cuál, cómo es, por qué es la “amorosidad” que se supone y se despliega en ese gesto que se hace presente en la integración/inclusión escolar?

|||

Es cierto: sería más fácil, mucho más cómodo y más “adecuado” (pero sobre todo violento, terriblemente violento) pensar la alteridad, pensar al otro en términos de *exterioridad* (el otro está fuera de mí, el otro siempre está fuera de mí).

---

\* Texto recibido en febrero 22 de 2006 y arbitrado en marzo 6 de 2006.

<sup>1</sup> Investigador del Área de Educación, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Flacso, sede Buenos Aires, Argentina. Doctor con estudios de posdoctorado en Educación. [skliar@flacso.org.ar](mailto:skliar@flacso.org.ar)

V

Pero hay algo de exterioridad en el otro, sí, algo que entonces altera y, así, provoca alteridad.

VI

La alteridad no es la identidad del otro, no es su ropaje, no es su contorno, no es el lápiz con que lo dibujamos, no es la firma con que lo diagnosticamos, no es el nombre que le damos, no es el silencio que le atribuimos, no es la desdicha en que lo suponemos, no es el heroísmo con que lo ensalzamos, no es su “otra” lengua, su “otra” cultura, su “otro” cuerpo, su “otro” aprendizaje, su “otra” religión.

VII

“Una evidencia por demás obvia, por demás superficial, del todo nítida, y en cierto modo vergonzante: el mismo sistema político que excluye a los otros, no puede ser nunca el mismo sistema político que incluya a esos otros” (Foucault, 2001, p. 117).

VIII

Se pasan muchísimos años, demasiados años, escuchando, hablando, informándonos, opinando, leyendo y escribiendo acerca de los otros “específicos” de la educación (los discapacitados, los pobres, la infancia, los que parece que no aprenden, los extranjeros, los gitanos, los bolivianos, las niñas, los jóvenes, y tantos y tantas otras) como si de eso se tratara toda la amorosidad educativa. Sin embargo, lo único que somos capaces de recordar, el único recuerdo que nos parece que vale la pena, es el de pensar y el de sentir cada momento en que fuimos (y en que somos) incapaces de relacionarnos con ellos.

IX

¿Acaso hace falta un discurso sobre la locura para tener una relación de amorosidad, pedagógica o no, con los “locos”? ¿Es imprescindible saber sobre la sordera para tener una relación de amorosidad pedagógica con los “sordos”? ¿Se vuelve un requisito sine qua non un cierto tipo de dispositivo técnico sobre la deficiencia mental para tener una relación de amorosidad pedagógica con los “deficientes mentales”? ¿Se podría tener acaso una relación de amorosidad pedagógica con la infancia si no sabemos, primero, “absolutamente todo” lo que hay que “saber” sobre ella? ¡He aquí la cuestión!

## X

Dice Foucault (1961): “Si esta subjetividad del insano es al mismo tiempo vocación y abandono del mundo ¿es acaso el mundo mismo a quien debemos interrogar acerca del secreto de esta subjetividad enigmática?” (p. 32).

## XI

Recuerdo de manera fiel y brutal, triste, y apasionadamente, a aquella madre a quien le pregunté, serio, prolíjo y distante (y siguiendo a rajatabla las pautas de un formulario de una escala de maduración durante mis prácticas de tercer año), si su hijo ya era capaz de dar saltos y de correr. La madre, azorada e indignada, me preguntó si por acaso se trataba de una broma y si todavía no había visto ya a su hijo: un niño con parálisis cerebral, postrado en su silla de ruedas.

## XII

Dice Pessoa (2001): “¡Qué tragedia no creer en la perfectibilidad humana! [...] ¡Y qué tragedia creer en ella!” (p. 7).

## XIII

También es cierto que sería más fácil, más cómodo (pero muchísimo más violento), pensar la alteridad en términos de *negatividad* (el otro es lo que yo no soy, siempre el otro es aquello que nosotros no somos).

## XIV

Pero, ¿sabemos acaso qué somos “nosotros”? ¿Tenemos alguna idea, por más pequeña que sea, sobre qué quiere decir “nosotros”? ¿Qué exorcismo, qué olvidos, qué sortilegios, qué masacres, qué brujerías realizamos cada vez que pronunciamos ese “nosotros”?

## XV

“Nosotros”: esa arma de la lengua y del cuerpo que esgrimimos para defendernos de los otros. ¿En defensa propia?

## XVI

Recuerdo a aquel profesor en la universidad que siempre comenzaba sus clases preguntando, de modo solemne y distante: “¿Y qué es lo que ‘ellos’ (vale aquí poner el nombre de cualquier alteridad escolar) no saben, no pueden hacer, no sabrán ni podrán hacer?”.

## XVII

Dice Elias Canetti: “Yo lo conozco, dijo él orgulloso, antes de empezar con su difamación”.

## XVIII

De algún modo somos impunes al hablar del otro e inmunes cuando el otro nos habla. ¡Y aquí hablar significa tantas cosas!

## XIX

Tal vez allí resida toda la posibilidad y toda la intensidad del cambio de amorosidad en las relaciones pedagógicas: nunca ser impunes cuando hablamos del otro; nunca ser inmunes cuando el otro nos habla.

## XX

Desde luego que sería mucho más fácil, mucho más cómodo y mucho más “profesional” (pero muchísimo más violento), si comprendiésemos al otro sólo como una temática (el otro se transforma en un tema, siempre es un tema: así, por ejemplo, no hay niños ni niñas, sino “infancia”; no hay sordos, sino “sordera”; no hay pobres, sino “pobreza”, “indigencia”, “clases populares”, “clases bajas”, etc.

## XXI

Además, así podremos, siempre, sin obstáculos, sin remordimientos (también sin amorosidad), “festejar” el día del indio, el día de la mujer, la semana de la deficiencia.

## XXII

En la cultura del este de la India, más o menos en el 200 a. C., la vida de las personas “malformadas” era regida por las Leyes del Manu. En esos textos legales puede leerse, por ejemplo, que: “Eunucos y desterrados, personas nacidas ciegas o sordas, el insano, los idiotas, el mudo, así como aquellos deficientes de cualquier órgano (de acción o de sensación), están descalificados para heredar. Pero un hombre que conoce la ley, tiene que proveer a todos ellos, dándoles alimento y vestimenta sin límites, de acuerdo con su necesidad. Desterrados y locos no se podrán casar. Otros (esto es, aquellos malformados) podrán hacerlo”.

## XXIII

De la China antigua, quizá hacia la misma época, proviene un texto oficial del período Qu'in, que deja por sentado que: “Quien mata a un niño sin autorización será punido tatuando al sujeto y obligándolo a realizar trabajos forzados. Sin

embargo, cuando un niño recién nacido presenta cosas extrañas en su cuerpo, así como cuando ella está deformada, la muerte no será considerada un crimen”.

## XXIV

En el libro *¿Y si el otro no estuviera ahí?* comentaba acerca de una noticia que recogí del periódico *El País*, de España, acerca de una maestra que cobraba una multa a sus alumnos cada vez que ellos decían una palabra en su propio dialecto (y que la maestra ignoraba). Desde entonces, muchos maestros y maestras, en varias latitudes, me confesaron haber utilizado estrategias más o menos similares. La confesión que más guardo en la memoria proviene de un maestro de una escuela de la provincia de Buenos Aires que tenía matriculados muchos niños y niñas bolivianos: “Les pago cinco centavos o les doy un caramelito para que digan alguna palabra”.

## XXV

También recuerdo a una profesora en la universidad que hacia el final de su curso sobre la educación de los sordos nos traía a la clase un testimonio vivo de sus palabras y sus bibliografías para confirmarlas de algún modo: un joven sordo que hablaba perfectamente, sí, pero de cosas a las cuales no le encontrábamos el menor sentido.

## XXVI

Durante el censo poblacional italiano de 1990 en Roma ocurrió lo siguiente: dos asistentes sociales le insistían con vehemencia a un mendigo (un mendigo italiano, no un extranjero, no un inmigrante, y menos aún un “indocumentado”) para que les respondiera de una bendita vez cuál era su dirección.

## XXVII

¿Qué es lo normal? ¿Quién dice normal? ¿Y a quién, sino a sí mismo, está mirando?

## XXVIII

Y otra vez Michel Foucault:

La conciencia moderna tiende a otorgar a la distinción entre lo normal y lo patológico el poder de delimitar lo irregular, lo desviado, lo poco razonable, lo ilícito y lo criminal. Todo lo que se considera extraño recibe, en virtud de esta conciencia, el estatuto de la exclusión cuando se trata de juzgar, y de la inclusión cuando se trata de explicar. El conjunto de las dicotomías fundamentales que en nuestra cultura distribuyen a ambos lados del límite de las conformidades y las desviaciones, encuentran así una justificación y la apariencia de su fundamento. Lo normal se constituye como un criterio complejo para discernir sobre el loco, el enfermo, el pervertido, el animal o el niño escolarizado (2001, p. 156).

## XXIX

¿Por qué parece que todas las relaciones de amorosidad con los otros deben someterse o bien a la lógica del racismo (producir, fabricar y matar al otro), o bien a la lógica de la tolerancia (soportar al otro, hasta poder matarlo, entonces, un poco después)?

## XXX

¿Qué se habrá hecho de aquellos niños sobre los cuales alguna vez se ha dicho que habría que duplicar, sí o sí, el tiempo de su escolarización? ¿Dónde estarán aquellos otros sobre los cuales se diagnosticó/pronosticó/determinó que no llegarían nunca a alcanzar el pensamiento abstracto? ¿Dónde vivirán aquellos otros a los cuales se sugirió enviar, casi por la fuerza, a un taller laboral? ¿Qué nos dirían si me vieran en este momento? O mejor, ¿nos dirigirían su mirada? Más aún, ¿nos preguntarían algo? Inclusive, ¿acaso nos reconocerían?

## XXXI

Habría que evitar por todos los medios esa confusión tan actual entre el lenguaje de la ética y el lenguaje jurídico. Pues hoy parece que todo pensamiento acerca del otro está atravesado por un infinito entramado de leyes, decretos y reglamentaciones. La ética, entonces, está subordinada a los dictámenes. Como si antes de decir “Me preocupo amorosamente por ti”, habría que pensar “si tengo el derecho o la obligación de preocuparme por alguien”.

## XXXII

Dice Derrida (2001):

La pregunta del otro es una pregunta del otro y una pregunta dirigida al otro. Como si el otro fuera antes que nada aquel que hace la primera pregunta o aquel a quien se dirige la primera pregunta. Como si el otro fuera el ser en cuestión, la pregunta misma del ser en cuestión, o el ser en cuestión de la pregunta (p. 19).

## XXXIII

Cuando lo que prevalece es nuestra pregunta acerca del otro, cuando lo único que hay es nuestra pregunta acerca de los otros, cuando de lo que se trata es de imponer nuestras preguntas sobre el otro, entonces decimos que en verdad hay una *obsesión* y no una preocupación de amorosidad por el otro.

## XXXIV

Sería mucho más fácil y mucho más cómodo (y muchísimo más violento) si entendiésemos la experiencia del otro como una *experiencia fútil, banal, superflua y*

*describible sin más ni más.* Así, la experiencia del otro puede ser rápidamente comparada a “nuestra” experiencia y, así, reducida y simplificada, siempre reducida y simplificada a “nuestra” experiencia.

### XXXV

Como si el extranjero fuera aquel que hace la primera pregunta o aquel a quien se dirige la primera pregunta. Como si el extranjero fuera el ser-en-cuestión, la pregunta misma del ser-en-cuestión, el ser-pregunta o el ser-en-cuestión de la pregunta (Derrida, 2001, p. 23).

### XXXVI

Preguntas tal vez sin respuesta “pedagógica”: ¿Cómo se percibe la amoralidad educativa? ¿Estamos preocupados o más bien obsesionados por el otro en educación?

### XXXVII

Tal vez la preocupación, la responsabilidad, por el otro se refleje certeramente en una imagen de hospitalidad, una hospitalidad sin condición, una hospitalidad que nada pide a cambio. Una hospitalidad que no haga del otro un deudor eterno de una deuda que, siempre, será impagable. Por eso, tal vez acoger al otro en la educación sea más bien recibirlo sin importar su nombre, su lengua, su aprendizaje, su comportamiento, su nacionalidad. Y tal vez la obsesión por el otro encuentre en la hostilidad la imagen más transparente. Una suerte de condición a la relación “a partir de ahora, a partir de aquí, deberás ser como yo soy, como nosotros somos”. Por eso la hostilidad hacia el otro en la educación es una condición de la homogeneidad más despótica.

### XXXVIII

Los monstruos son cosas que aparecen fuera del curso de la naturaleza (ya que, en la mayoría de los casos, constituyen señales de alguna desgracia que está por ocurrir), como una criatura que nace con sólo un brazo, otra que tiene dos cabezas y otros miembros al margen de lo ordinario. Prodigios son cosas que ocurren totalmente contra la naturaleza, como una mujer que de a luz una serpiente o un perro, o a cualquier otra cosa totalmente opuesta a la naturaleza (Paré, 1573).

### XXXIX

Una metáfora [...] ¿de estos tiempos?: “Tiene el tanque medio vacío”.

## XL

Algunas preguntas perennes: ¿Cuántas calles suponen mi calle? ¿Cuántos ojos resuelven una de mis miradas? ¿Y cuántos pasos de otros me hacen, al fin, caminar? ¿De cuántas otras palabras está hecha cualquier palabra mía? ¿Y cuál razón es la suma de todas las sinrazones precedentes?

## XLI

Sería más fácil, mucho más cómodo y más “funcional” (y muchísimo más violento), pensar y sentir al otro como aquello que no tiene, como aquello que le falta (el otro es lo que no tiene y le falta, los otros siempre son lo que no tienen y les falta).

## XLII

¿Pensar “amorosamente” al otro es hacernos, siempre, preguntas acerca del otro en la ausencia del otro?

## XLIII

¿Y qué hacer con las preguntas **que son** del otro?

## XLIV

Dice Amos Oz, escritor israelí: “Hoy, habiendo salido del mal del régimen totalitario, sentimos un enorme respeto por las culturas. Por las diversidades. Por el pluralismo. Conozco algunas personas que están dispuestas a matar a quien no sea pluralista” (2005, p. 16).

## XLV

Por ejemplo, nuestras preguntas acerca del extranjero son: ¿Será que esa lengua que habla es *realmente* una lengua? ¿Será que esa ropa que viste es *efectivamente* ropa? ¿Será que esa religión que profesa es *de verdad* una religión? ¿Será que esa música que escucha es *en efecto* música? Ese “realmente”, ese “efectivamente”, ese “de verdad”, ese “en efecto”, ¿son acaso marcas de la lengua que consisten en poner en tela de juicio la humanidad del otro? ¿son acaso marcas que denotan dudas acerca de si el otro es *tan humano* como creemos ser nosotros mismos?

## XLVI

Recuerdo a una compañera de universidad que cada vez que un profesor recomendaba leer algunos de los manuales en boga por entonces (Manual de la deficiencia mental, Manual de psicología evolutiva, Manual de psicología del sordo, Manual de 0 a 6 años) siempre decía: “Lo primero que voy a hacer, cuando me reciba, será escribir yo misma un manual”.

## XLVII

Dice Sartre (1962): “Más allá de breves y terroríficas iluminaciones, los hombres mueren sin haber siquiera sospechado lo que era el Otro” (p. 75).

## XLVIII

El extranjero podría preguntarnos (si él quisiera, o aunque no nos dirija siquiera la palabra): ¿Por qué ustedes piensan que la única lengua posible es la de ustedes? ¿Por qué ustedes afirman que la única ropa posible es la de ustedes? ¿Por qué ustedes creen que la única religión es la suya? ¿Y por qué quieren hacernos creer que la única música es la que escuchan?

## XLIX

El “deficiente” podría preguntarnos (si él quisiera, o aunque no nos dirija la mirada): ¿Por qué piensan que el único cuerpo posible es el de ustedes? ¿Por qué creen que ese modo de aprender es el único aprendizaje? ¿Por qué suponen que su pronunciación es la única correcta?

## L

Sería más fácil, mucho más cómodo y aún mucho más “especializado” (y mu-chísimo más violento), pensar y sentir al otro siempre como un individuo o como un grupo específico y bien determinado (el otro es otro con un nombre determinado y siempre el mismo nombre: “Sólo podrías ser lo que hemos hecho contigo”).

## LI

Y tal vez toda posibilidad y toda intensidad de cambio en las relaciones pedagógicas de amorosidad puedan depender, también, de ese acto sincero y honesto que consiste en acallar nuestras preguntas sobre el otro y comenzar a percibir las preguntas (que son) del otro.

## LII

Se trata de un representante de la gran raza mongólica. Cuando se ponen lado a lado es difícil creer que no se trata de hijos de los mismos padres. El cabello no es negro como el de los verdaderos mongoles, sino de color castaño, liso y escaso. El rostro es plano, alargado y desprovisto de prominencias. Los cachetes son redondos y extendidos lateralmente. Los ojos están situados oblicuamente y las comisuras internas de los mismos distan entre sí más que lo normal. Los labios son grandes, gruesos y con líneas transversales. La lengua es larga, grande y rugosa. La nariz es pequeña. La piel tiene una tonalidad amarillenta y su elasticidad es escasa (Down, 1866, p. 259).

LIII

¿Y qué significa ese “etcétera” que aparece recurrente y sistemáticamente en aquellos autores y textos que al mencionar las diferencias, afirman siempre que existen diferencias de raza, sexo, clase social, edad, religión, etnia, género, generación, *etc.*?

LIV

Otra metáfora [...] ¿de estos tiempos?: “No le arranca el motor”.

LV

Nos hemos formado siendo en extremo capaces de conversar acerca de los otros y altamente incapaces de conversar con los otros.

LVI

Y, sobre todo, ¡nos hemos formado siendo en gran manera incapaces de dejar a los otros conversar entre sí!

LVII

Si naciera algún niño monstruoso y no tuviera forma humana, no será bautizado si no nos consultaran. Y, teniendo forma de hombre o mujer, aún con grandes defectos en el cuerpo, se le debe bautizar, estando en peligro, como ordinariamente están aquellos que nacen de ese modo. Pero si representan dos personas con dos cabezas o dos pechos distintos, cada uno será bautizado de por sí, salvo si el prejuicio de la muerte no diera a eso lugar (Abreu, 1726).

LVIII

Entonces, ¿era eso? ¿Sólo eso? Entonces, ¿es que el otro está fuera de mí? ¿Es que el otro es pura negatividad? ¿Es que el otro es aquello que pensamos y decimos que a él le falta? ¿Es que el otro es una temática? ¿Es que el otro es un discurso anterior a una relación? ¿Es que la experiencia del otro es banal si comparada con la nuestra, si es asimilada a la nuestra?

LIX

Una idea algo altisonante, pero inquietante a la vez: la alteridad no es tanto lo que no somos, sino tal vez todo aquello que aún no hemos sido capaces de ser.

LX

Y una idea menos rimbombante, pero tal vez algo más audaz: la alteridad no es tanto aquello que no somos, sino más bien todo aquello que *no sabemos*.

## LXI

Sin embargo, pensar la alteridad como aquello que no sabemos, no significa que algún día *lo sabremos*. Supone, en cierta medida, *seguir no sabiéndolo* todo el tiempo.

## LXII

Por tanto: la alteridad es aquello que no sabremos.

## LXIII

Y tal vez este breve texto de Blanchot sea capaz de revelar la inmensidad y la **conciencia** de esa ignorancia: “Tenemos que renunciar a conocer a aquellos a quienes nos liga algo esencial; quiero decir que tenemos que acogerlos en la relación con lo desconocido donde ellos a su vez nos acogen también, en nuestra lejanía” (1971, pp. 328-329).

## LXIV

Y quizá el único saber posible consista en saber que nuestro “yo” no se sostiene solo y a solas ni apenas por un segundo.

## LXV

Tal vez por eso Imre Kertész, premio Nobel de literatura en el año 2002 comienza su libro *Yo, otro*, con una frase demoledora: “El yo es una ficción de la cual apenas somos coautores” (2000, p. 2).

## LXVI

¿Y si la alteridad fuera entonces interioridad? ¿Los otros que nos habitan? ¿Una positividad, en tanto que (nos) produce algo? ¿La imposibilidad absoluta de transformarla en una temática, de tematizar al otro? ¿Una experiencia inasimilable, que no es nuestra, sino del otro? ¿Una relación sin un dispositivo de racionalidad que le anteceda?

## LXVII

Lo que para nosotros tanto “falta” en el otro, ¿le hace tanta “falta” al otro?

## LXVIII

Fernando Pessoa dice: “Nada es, todo se otrea”. Una suerte de estremecimiento escrito, que se vuelve muy parecido al: “Nada es, nada puede ser, sino comienza en el otro”, escrito por Roberto Juarroz mucho tiempo después.

## LXIX

Una (probable) nota de “campo”, tomada de una observación en una escuela cualquiera: “¡Le insistía tanto a esa niña para que fuera aquello que no era! ¡La forzaba todo el tiempo a dejar de ser aquello que era! ¡La obligaba sin más a que fuera aquello que no podía ser! ¡Se ensañaba tanto en que fuera aquello que la niña no quería ser!”.

## LXX

Conocí a un niño de 8 años (tal vez era yo mismo) que había sido enviado para un psicodiagnóstico por su maestra, pues se sentaba en el fondo de la clase y desde allí vociferaba, con una voz ronca y cavernosa, palabras irreproducibles. Al cabo de seis sesiones, y mientras la psicóloga le decía a la madre (que tal vez era mi madre) que estaba todo bien, que no había índices de organicidad y/o alteraciones de inteligencia y/o disturbios emocionales, el niño (quizá yo mismo) quemaba en una estufa una a una todas las revistas puestas en la sala de espera.

## LXXI

Me dijeron tantas veces, me dijeron siempre: “Esos gitanos son todos mentirosos, ladrones, machistas y fabuladores”. Me dijeron: “Esos sordos tienen problemas de comunicación, son inmaduros intelectual y emocionalmente, además, agresivos”. Me dijeron: “Esos africanos son primitivos, perturbados y exóticos”. Me dijeron: “Esos niños son revoltosos, engréidos, irresponsables y violentos”. Me dijeron: “Esos indios son desconfiados”. Me dijeron: “Esos adultos no aprenden nunca”. (Y a este breve texto podríamos llamarlo: **“Sobre la inutilidad y la improcedencia de los adjetivos en la alteridad”**).

## LXXII

En un periódico de Buenos Aires, allá por 1977, me sentí fuertemente atraído por el titular de una noticia que decía lo siguiente: “Un sordomudo mató a un hombre”. Y, entonces, hago la pregunta: ¿Perciben lo que yo percibo? ¿Sienten lo que yo siento? ¿Piensan en lo que estoy pensando?

## LXXIII

Para Lévinas:

La relación con el Otro no anula la separación. No surge en el seno de una totalidad y no la instaura al integrar en ella al Yo y al Otro. La situación del cara-a-cara no presupone además la existencia de verdades universales en las que la subjetividad pueda absorberse y que sería suficiente contemplar para que el Yo y el Otro entren en una relación de comunión. Es necesario, sobre este último punto, sostener la tesis inversa: la relación entre el Yo y el Otro comienza en la desigualdad de términos (1997, p. 262).

## LXXIV

La desigualdad de términos entre el Yo y el Otro nada tiene que ver con el discurso, cada vez más frecuente, cada vez más persistente, de emparentar toda idea de alteridad con la exclusión, la pobreza, la miseria, el analfabetismo, la desolación. No hay equivalencia de términos entre el Yo y el Otro. Desigualdad de términos, entonces: ¡y no desigualdad de condiciones!

## LXXV

Una relación de comunión, de empatía, de armonía, idílica, sólo es posible entre términos equivalentes. Entre el Yo y el Otro, por tanto, habrá una relación que siempre desborda, que siempre excede, que siempre se aleja: una relación que difiere cada vez de sí misma, una relación, justamente de diferencia.

## LXXVI

La identidad insiste en la fijación, persiste en la detención del otro en un nombre, una palabra, una etiqueta. La diferencia, en cambio, nunca remite a un sujeto, nunca identifica a los seres. La diferencia no se da por el antagonismo entre las cosas existentes y produce siempre un incesante movimiento de diferir.

## LXXVII

“La relación con el ser que funciona como ontología consiste en neutralizar el ente para comprenderlo o para apresarlo. No es, pues, una relación con lo Otro como tal, sino la reducción de lo Otro a lo Mismo” (Lévinas, 1997, p. 267).

## LXXVIII

Reducir al otro a nosotros supone, por ende, comprenderlo, apresarlo, sujetarlo, detenerlo, estacionarlo, asimilarlo.

## LXXIX

“Inclusión”: del latín *in+clausere* = “enclaustrar”, “poner en clausura”.

## LXXX

Ahora “juguemos” con otra noticia, publicada en un diario de Porto Alegre, Brasil, en mayo de 1996 y cuyo título proponía lo siguiente: “Esperanza a los deficientes auditivos”. Y el subtítulo de la noticia resaltaba: “Ellos tienen poder olfativo, responsabilidad, precisión, tranquilidad y precisión, descubre profesor”. Estoy seguro de que perciben lo que percibo, que sienten lo que siento, que piensan lo que estoy pensando.

## LXXXI

“Que cada cosa tenga por lo menos dos”, decía Juarroz (2005, p. 34). Tal vez esa sea la única definición de alteridad que le cabe a la alteridad.

## LXXXII

Y para terminar, ¿por qué no?, un aforismo bien conocido de Nietzsche: “El hombre es, ante todo, un animal que juzga” (1999, p. 56)

## Bibliografía

---

- Abreu, B. (1726). *Portugal médico ou monarquia médica lusitano. Prática, simbólica, ética e política*. Lisboa: João Antunes.
- Blanchot, M. (1971). *L'Amitié*. París: Gallimard.
- Canetti, E. *Toda esa admiración dilapidada*. Traducción de José María Pérez Gay, disponible en [www.nexos.com.mx](http://www.nexos.com.mx)
- Derrida, J. (2001). *De la hospitalidad*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Down, J. (1866). Observations on ethnic classification of idiots. *London Hospital, Clinical Lecture and Report*, 3.
- Foucault, M. (2001). *Los anormales*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_\_, (1961). *Enfermedad mental y personalidad*. Buenos Aires: Paidós.
- Juarroz, R. (2005). *Poesía Vertical II*. Buenos Aires: Emecé.
- Kértesz, I. (2000). *Yo, otro*. Barcelona: El Acantilado.
- Lévinas, E. (1997). *Totalidad e infinito*. Salamanca: Sígueme.
- Nietzsche, F. (1999). *Todos los aforismos*. Buenos Aires: Leviatán.
- Oz, A. (2005). La presencia globalizada del mal. *Revista N*, 112 (III).
- Paré, A. (1573). *Monstruos y prodigios*. Madrid: Ediciones Siruela.
- Pessoa, F. (2001). *Aforismos*. Buenos Aires: Emecé.
- Sartre, J. (1962). *El ser y la nada*. Buenos Aires: Ediciones Losada.